

LA ALCOBA MISTERIOSA

(Sirvan estas palabras como humilde homenaje a la memoria de mi abuelo)

–1–

Siendo yo muy niña, con unos once años, y como cualquier otro niño de mi época, tenía por costumbre visitar los domingos a mis abuelos paternos –a los otros, que vivían más lejos, y fuera del pueblo, los veía más de tarde en tarde–. Esta visita era muy importante, porque, en primer lugar, siempre al final de la visita “se caían algunas perras”. Y aunque era una ínfima porción de dinero comparado con el valor de los euros de ahora; sin embargo, era para mí un pequeño tesoro, porque procedía de aquellos seres tan queridos y a los que tanto recuerdo después de muchos años. Y el segundo motivo de mi visita, seguramente más importante que el anterior, era pasar un rato con ellos y hacerles un poco de compañía.

Pero existía además un tercer porqué muy poderoso y distinto al cariño que yo les tenía a mis abuelos; y era que en la habitación de mi abuelo había algo que, aunque a los ojos de los demás pudiera parecer normal en nuestro tiempo; sin embargo para mí, una niña de entonces –hace unos cincuenta años–, resultaba fascinante, dada la inquieta curiosidad que, en aquellos años de mi infancia, sentía por todo lo que me rodeaba. Y aunque a mi abuelo no le gustaba que entrara nadie en la citada estancia, porque en ella guardaba, con mucho esmero, cosas de cierta importancia para su trabajo y otras relacionadas con alguna de sus grandes aficiones; yo, sin embargo, no cejaba en mi empeño de conseguir entrar en aquella alcoba misteriosa. Un poco más adelante, y en el momento adecuado de este relato, contaré cuál era el motivo de mi interés y el porqué de su rotunda prohibición a que yo entraré a fisgonear en sus cosas. Siendo la inapelable y rotunda negativa de éste razón suficiente para que yo tuviera que ingeniármelas, si quería entrar en aquel lugar tan reservado. Llegando, finalmente, a la conclusión de que el mejor momento para ello era los

domingos por la mañana, que no estaba él, para conseguir salirme con la mía; y teniendo que utilizar, a la vez, la tremenda ingenuidad de mi abuela, que a esas horas siempre estaba en casa.

Un domingo después de salir de misa, como era costumbre en el pueblo, me fui a visitar a mis tías y a mis abuelos, por la cosa esa de “las perrillas” que éstas nos daban para comprar algunas golosinas, dejando para el final la visita a mis abuelos. Yo sabía que a esas horas mi abuelo no estaba en casa, ya que, a la salida de misa, acostumbraba a darse un paseo hasta un huerto que tenía en el “legío”. Al no estar él en casa, yo podía entrar en la “alcoba misteriosa” sin que, seguramente, nadie se diera cuenta, ya que mi abuela tampoco significaba impedimento alguno, porque pasaba la mayor parte de su tiempo sentada junto a la camilla. Tampoco mi tía, con toda seguridad, estaría en casa, dado que los domingos por la mañana, tras la salida de misa, acostumbraba a quedarse un rato en la calle hablando con sus vecinas o sus amigas. Y efectivamente, un poco antes de llegar a casa de mis abuelos, ésta se hallaba enfrascada en animada conversación con una de sus amigas y vecina de la misma calle. “¡Esta es la mía...!”, pensé jubilosa, mientras pasaba de prisa junto a las que, en animada cháchara, parecían no enterarse ni de mí ni de mis intenciones, que no eran otras sino “pasar de incógnito”. Pero sí, sí... ¡Buena era mi tía!, ¡cómo para no enterarse!

—¿Dónde vas tan decidida y sin decir nada, sobrina? —me espetó con una amplia y sospechosa sonrisita en su cara... —y tras esta ambigua preguntita, se quedó mirándome a los ojos, como si quisiera leer mis pensamientos.

—“Pos...”, ¿dónde voy a ir?, adonde “agüela.” —respondí yo con un gesto de desagrado en mi cara.

Tras mi respuesta actué como si realmente no ocurriera nada y continué caminando tranquilamente para no despertar sospechas ante mi tía que parecía estar siempre al acecho de todo lo que le rodeaba.

Cuando llegué a casa de mi abuela, ésta estaba sentada junto a su camilla de siempre con la cabeza gacha, enfrascada en una especie de meditación de la que no parecía salir nunca. Al oírme llegar, y como si quisiera manifestar su alegría por mi presencia, levantó su cabeza y me recibió con una leve sonrisa de bienvenida.

—¡Hola, mi niña! ¿Cómo estás? —susurró mi abuela, mientras me miraba de arriba abajo en una especie de examen minucioso sobre mi aspecto externo, y como si yo estuviera a punto de iniciar un pequeño desfile de modelos a nivel doméstico y familiar.

—Esta vez, yo creo que has tardado un poco más que otros días, ¿no te parece? —añadió, tras unos segundos de reconocimiento de mi figura, y en tono de pequeña reprimenda, tal vez un tanto impaciente, y seguramente sin razón alguna.

–¡No abuela! –contesté yo de manera tajante y un poco ofendida por la desconfianza de ella–. Es que el señor cura no llegó a tiempo, y por eso hoy ha terminado la misa más tarde –añadí, consciente de mi pequeña mentira, para tranquilizar a mi abuela, y un poco molesta por aquella pequeña e innecesaria reprimenda.

Finalizado el anómalo recibimiento, y viendo que más o menos este era el de todos los domingos, seguí adelante con lo que traía entre manos; y pensando que mi abuela, a pesar de esas pequeñas cosas, muy propias de una anciana, era, sin embargo, una persona muy buena y calladita. De hecho, a veces, mi abuelo exclamaba: “¡Esta mujer parece una mística!”

Acto seguido, comencé a maquinarme mi estrategia para poder entrar en aquella alcoba que tanto me fascinaba.

–2–

No sabía como arreglármelas para darme una vuelta por aquel lugar, de cuyo contenido sólo conocía algo de oídas, pero que nunca había podido visitar personalmente, sobre todo para comprobar sobre el terreno lo que mi abuelo, auténtico dueño de aquel pequeño tesoro, escondía en su alcoba. Tenía que buscar una razón con cierta lógica por la que ausentarme unos minutos, sin que mi abuela sospechara que el porqué de mi ausencia se debía, única y exclusivamente, a mi interés por fisgonear en el cuarto del abuelo.

Así estuve unos cuantos minutos pensando encontrar alguna explicación de cierta verosimilitud para dejar sola a mi abuela, pero nada... Por fin, me decidí por una solución bastante inocente y poco creíble, y que sólo tuvo éxito gracias a la humilde afabilidad de mi abuela.

–Tengo “se”, “agüela”. Voy a por agua –dije atropelladamente, y con cara de circunstancias.

–Ahí la tienes –respondió ella, señalando la tinaja que tenía en la cocina, y de la que sacaba el agua para cocinar.

Esta respuesta me dejó un poco indefensa, ya que no me esperaba una solución tan rápida y, sobre todo, nada útil para la consecución de mis intenciones; por lo tanto, tuve que cambiar mi estrategia con carácter de urgencia, utilizando la misma artimaña, pero con sensibles mejoras. Y menos mal que, en aquellos difíciles momentos, mi velocidad de reacción fue la adecuada, porque si no, se hubiera venido abajo aquel intento de pasar desapercibida.

–¡No “aguëla”!, –contesté precipitadamente y muy sorprendida por haber hallado una solución de urgencia– quiero ir a la sala, porque aquella

está más fresca –añadí casi sin aliento, al comprender que había salvado la situación “por los pelos.”

–Bueno mi niña, como tú quieras... –murmuró mi abuela con cara de sumisa resignación, mientras parecía dormitar bajo las faldas de la camilla, recibiendo el gratificante calor del brasero—. Pero no tardes, que por ahí la casa está “mu” fría... –añadió, intentando demostrar cierta determinación; pero, más que nada, aquella orden se convirtió en algo muy parecido a una humilde súplica... –y tras estas palabras, se entregó de nuevo a una especie de letargo invernal, del que, seguramente, no pensara despertar hasta la próxima primavera.

“Vamos que... la cosa me ha salido redonda”, pensé yo alborozada ante la buena dirección que tomaban los acontecimientos. Pero me faltó muy poco para salir corriendo hacia el interior de la casa, cosa que hubiera inquietado a mi abuela ante la posibilidad de que en aquellas prisas pudiera haber “gato encerrado”. Pero no fue así, sino que además me comporté con normalidad y sin mostrar ningún tipo de entusiasmo.

De la cocina, donde estaba mi abuela, se pasaba después a una estancia más grande llamada “la sala”, y a ésta daban las puertas de las habitaciones utilizadas como dormitorio. Mis ojos volaron rápidamente hacia la alcoba, objeto de mis deseos, mientras que los nervios me atenazaban, ante la inminente posibilidad de conseguir entrar en aquella habitación donde poder curiosear tranquila todo lo que mi abuelo protegía con tanto esmero. Y consciente de que era el momento para conseguir lo que tanto tiempo iba persiguiendo, me fui acercando sigilosamente –qué tontería ¿verdad?, si estaba yo sola en la sala..., ¿o no?–. Pero, cuando lentamente intentaba abrir la puerta, cuál fue mi sorpresa, al notar a mi espalda la inconfundible presencia de mi tía María que, al parecer, ya había terminado su plática con la vecina y, mira tú por cuanto, tenía que venir a estropear mis planes.

–¡Ah! ¡Qué susto me ha dado, tía! –grité, mirando hacia atrás con cara de enorme sorpresa ante su inesperada y poco amistosa presencia.

–Pero... ¡tú qué haces aquí! –exclamó mi tía con cara de muy pocos amigos y con pinta, a la vez, de un cierto regodeo ante el éxito obtenido, al pillarme “con las manos en la masa”...–y tras estas palabras, permaneció en silencio con cara de cierta arrogancia, convencida de que la víctima de su acoso no tenía salida posible.

–Pues mire “usté”, vine a por agua y quería ver si estaba “el agüelo” para saludarle –contesté yo, intentando poner cara de que lo que decía era absolutamente cierto, aunque en la utilidad de aquella disculpa para salir del paso no creyera ni yo.

–¡Bueno, bueno... ¡Déjate de tonterías! Porque tú sabes de sobra que “agüelo” los domingos por la mañana, cuando sale de misa, se va a dar un paseo hasta el “güerto” –contestó mi tía malhumorada ante la pequeña mentira que yo, inocentemente, intentaba colarle–, además de que también

sabes de sobra que a él no le gusta que nadie entre en su cuarto sin permiso –concluyó bastante enfadada conmigo.

–Bueno tía –susurré yo compungida y con una lagrimita en mis ojos–. Perdóname. Espero portarme bien, y la próxima vez le pediré permiso a él –concluí un poco más reconfortada, al contemplar que en su cara aparecía una dulce sonrisa cargada de comprensión y cariño hacia mí.

Aquel pequeño incidente se olvidó pronto, y poco después decidí que volvería a intentarlo en mejor ocasión. Era cuestión de paciencia.

–3–

Algún tiempo después, mi abuelo estuvo en la cama con catarro. Y, como todos los domingos después de misa, fui a visitarlos otra vez. A mi abuela, como siempre, la encontré sentada junto a la mesa camilla, y le pregunté por mi abuelo con la “sana” intención de saber como estaba, y ya de paso, averiguar si estaba en casa.

–Está mejor –susurró ella de forma casi imperceptible–. Aunque aún está en la cama –añadió de nuevo en una especie de susurro lejano, como si regresara de un profundo sueño.

–“Agüela”, ¿puedo entrar a verlo? –pregunté, ya desde el interior de la sala donde ya me había colado.

–No, porque no quiere que lo molesten, ni que nadie entre en la sala, cuando esta haciendo su trabajo –contestó ella intentando ser persuasiva. Aunque, para entonces, yo ya estaba prácticamente a la puerta de su alcoba.

Mi abuelo, confiando en que allí nunca lo molestaba nadie, había dejado la puerta de su alcoba ligeramente abierta, y por aquella pequeña abertura yo, sigilosamente, pude observar que hacía algo muy extraño para mí: movía los brazos arriba, abajo y hacia los dos lados, como si estuviera levantando algún objeto; aunque éste no debía ser muy pesado, ya que movía sus brazos con bastante soltura. También es cierto que yo tampoco veía objeto alguno en sus manos. “En fin..., ¿por qué hará mi abuelo eso con los brazos?”, pensé entre preocupada y sorprendida. No entendía nada, y eso aumentaba más mi curiosidad; pero no dije nada y me marché, cumpliendo así con los deseos de mi abuela de que no debía molestarlo en aquellos momentos.

Un mes más tarde, aproximadamente, llegó por fin mi mejor momento: recuerdo que fui con mi madre a casa de mis abuelos, porque, por aquellos días, tocaba hacer limpieza general; cosa que realizaban entre mi madre y mi tía. Aquello fue para mí como un premio a mi empeño en conseguir lo que tanto venía persiguiendo. Mi abuelo no estaba, por lo que consideré que era el momento propicio para entrar en acción. Se trataba de una

estancia de medianas dimensiones, y fue para mí como entrar en un mundo mágico. Había una cama de matrimonio con su mesilla de noche y una palmatoria; a los pies de la cama había una ventana que daba a la Plaza del Rollo, monumento principal del pueblo, y lugar este donde se celebraba la feria y todos aquellos acontecimientos propios de las fiestas mayores de la localidad.

En la citada feria, cada año, se instalaban las mejores atracciones del momento en la zona: tióvivos, barcas, casetas de tiro y otras muchas que ya no recuerdo. También, de tarde en tarde, llegaba al pueblo algún circo ambulante. Yo conocí a uno que venía más a menudo que los demás; y creo recordar que el payaso se llamaba “Boti”, o algo así. ¡Qué bien nos lo pasábamos! Cada persona llevaba una silla de casa y toda la familia asistía a aquellas actuaciones circenses de la época, como si se tratara de uno de los mejores espectáculos del mundo. También ponían cine de verano; y recuerdo que una de las películas que más me gustó fue “Marco Polo”. Otro de los espectáculos (en este caso celebraciones religiosas) eran, según decían las gentes de pueblo, los “fretorios” (ofertorios) a la Virgen de Guadalupe. Y finalmente, un día a la semana, la citada Plaza del Rollo era ocupada por vendedores ambulantes que, entre otras cosas, ofrecían a los “consumidores” de aquel tiempo todo tipo de retales, cacharros para la cocina, frutas verduras, etc.

Y siguiendo con la descripción de la alcoba de mi abuelo: a la derecha de la cama se situaba una mesa escritorio; y detrás un armarito chinero donde, ¡oh sorpresa!, no había loza, sino libros y todo tipo de legajos. ¡Qué maravilla!, libros y más libros... Pero además, había dos que me llamaron poderosamente la atención: en su interior había escritos unos símbolos muy raros sobre grupos de cinco líneas paralelas, y en todas las hojas lo mismo. “¿Qué será esto?”, pensaba yo con cara de admiración ante una cosa tan rara, y que jamás había visto en mi vida. También había tinteros y varios tipos de plumillas de caligrafía con algunos palilleros o portaplumas, donde aquellos iban insertados posteriormente.

Qué ilusión, esto era más de lo que yo podía imaginar sobre mi abuelo. Tanto era así que yo lo veía como el Cervantes de mi pueblo sentado en su escritorio. Y venía a cuento este tipo de comparación, porque a mis once años, aproximadamente, mi maestra doña Elisa, muy amante de la buena Literatura, nos había iniciado poco a poco en la lectura del Quijote. Así es que, por entonces, yo ya sabía quien era Cervantes, y también conocía un poco a autores como Antonio Machado, Becquer, Juan Ramón Jiménez y otros. Me puse, ¡cómo no!, a echar un vistazo a los libros. Qué maravilloso era todo aquello, pero seguía sin saber el porqué del movimiento de los brazos de mi abuelo, y tampoco por qué en aquellos dos libros había esos signos tan raros. Así es que le eché valor al asunto, y como a mi madre y a mi tía le quedaba bastante para terminar la tarea de la limpieza, decidí

esperar a que llegara él, y me sacara de dudas. Aunque, el echo de haber invadido su alcoba me tenía bastante inquieta y con muchas dudas ante la improbable posibilidad de que éste accediera a mis deseos, dada su forma de ser y mi temeraria actitud al penetrar en su pequeño “sancta sanctorum” (lugar sagrado). Pero ciertamente, si en algunos momentos de nuestra vida, arriesgamos un poco y damos un paso hacia adelante, el caprichoso destino puede echarnos una mano. Yo lo intenté y estos fueron los resultados:

–Pero Isabelita, ¿qué haces tú aquí enredando entre mis cosas? –dijo mi abuelo, apareciendo de improviso por la puerta.

–¡Hola abuelito! –respondí yo, zalamera y con una amplia sonrisa, intentando ganarme el favor de mi abuelo–. Te estaba esperando, porque quiero preguntarte algunas cosas sobre los libros y todo lo demás tan raro que tienes en tu alcoba –concluí con toda la determinación del mundo, echándole un órdago a la suerte, y pensando aquello de que, como diría un castizo: “El que no se embarca, no se marea.” Y... ¡vive Dios! que logré lo que quería.

–Pero qué niña más curiosa... –contestó mi abuelo con una dulce sonrisa, en la que se adivinaba todo su interés por enseñarme algunas de aquellas cosas que el guardaba en aquel lugar tan interesante para mí y sobre las que yo quería saber algo más.... –Bueno “tira palante”, y te responderé a todo eso que quieres saber y que tú crees tan raro y misterioso –concluyó finalmente mi abuelo con un inconfundible e inesperado aire de satisfacción.

Yo me llevé una grata sorpresa, al ver que mi abuelo se prestaba con tanta facilidad a mis deseos. Pero, algún tiempo después, y reflexionando sobre la inesperada actitud de éste, llegué a la conclusión de que todas aquellas cosas que guardaba en su alcoba eran realmente para él algo muy importante en su vida. Y siendo esto así, deseaba que nadie fisgoneara en aquello que formaba parte de su intimidad. Aunque, eso sí, disfrutaba enseñando a los demás lo que él consideraba como su patrimonio cultural; y sobre todo, cuando alguien como yo, su nieta, estaba tan ilusionada e interesada en conocerlo.

Entramos por fin en su alcoba, yo muy contenta y él muy decidido a enseñarme todo aquello que tanto deseaba conocer.

–Abuelo, el otro día, cuando “usté” estuvo enfermo con catarro, miré por la rendija de su puerta, que estaba abierta, y vi que estaba moviendo sus brazos arriba y abajo –dije con un inmenso interrogante dibujado en mi cara–. Y “agüelo”, qué raro, si “usté” no tenía nada en las manos, ¿por qué las movía así? –añadí finalmente, esperando alguna respuesta para aquello tan desconocido para una niña como yo.

–Vaya hombre, con que me estuviste espiando... –murmuró mi abuelo, un poco molesto por mis anteriores y desleales pesquisas– Eso se hace para llevar el compás de la música y dirigir, a la vez, al grupo de los que cantan

–añadió pensativo y mirándome, como si siguiera recriminando mi pequeña traición anterior, y a la vez, no entendiendo como una niña tan pequeña le hiciera semejantes preguntas.

–¡Ah, qué bonito! –exclamé yo emocionada, aunque un poco confusa aún–. Pero “agüelo”, si aquel día en el que yo miré por la rendija de la puerta de su alcoba no había nadie cantando y tampoco sonaba ninguna música –concluí, como si en aquel momento toda la inocencia del mundo hubiera caído sobre mi corazón de niña.

–No Isabelita, yo entonces y con toda seguridad, estaba ensayando alguna canción para cantarla con las gente del coro que tenemos en la iglesia –contestó éste pacientemente, y a la espera de alguna otra pregunta.

Yo me di por satisfecha con la respuesta de mi abuelo. Y seguidamente, él pareció dirigirse a la puerta de salida, como si pensara que ya habíamos terminado con el “interrogatorio”; pero no, aún quedaban todavía algunas cuestiones más por aclarar.

–“Agüelo”, y esos libros con esas letras tan raras como si estuvieran colgadas en las cuerdas de un tenderete de ropa ¿para qué son? –añadí yo, nerviosa, esperando descubrir de un vez aquel misterio.

–Pues mira... –intentaba decir mi abuelo partiéndose de la risa– Y se detuvo un momento, mientras trataba de “digerir” mi ocurrencia de “la ropa tendida”. Eso que, según tú, parece ropa tendida, no son letras, son unas figuras –ideogramas, en este caso– que se utilizan para representar la música, y tienen varios nombres: blancas, negras, corcheas, semicorcheas etc. Y el grupo de líneas donde van “colgadas” se llama pentagrama... –y tras estas palabreas pareció enmudecer de golpe, mientras me miraba fijamente a la cara, como si tratará de leer en ella cual era el éxito obtenido tras su enrevesada explicación. Pero es que él no conocía otra forma más sencilla.

–Pues no sé “aguëlo”..., yo no entiendo nada de nada de todo lo que me has dicho de esas letras tan raras –respondí yo, un poco triste, y tras unos segundos de espeso e incómodo silencio–. Porque... ¿cómo eso puede ser música, si ahí no se oye nada? –concluí un poco desencantada.

“Ya me parecía a mí”, pensaría él, intuyendo que su esfuerzo didáctico no había servido para nada.

–No te preocupes, mi niña –añadió mi abuelo, conciliador y consciente de que, a pesar de su pequeña exposición sobre el tema, yo no había entendido nada de aquellos libros de Solfeo–. Cuando seas mayor, ya entenderás estas cosas y otras tan difíciles o más que ésta –concluyó, intentando consolarme ante la imposibilidad que yo tenía para comprender aquella idea tan abstracta que él trataba de inculcarme.

–Si “agüelo” –contesté, tratando de agradecer un poco su esfuerzo–. Cuando sea mayor lo entenderé bien. Y, cuando esto suceda, siempre me acordaré de ti, al encontrarme con unos libros de música que ahora me

parecen tan raros –concluí, en un intento final de “tocar” de nuevo y malévolamente sus ya emocionados sentimientos.

Y mientras esto decía, me di cuenta de que en el rostro de mi abuelo aparecía un gesto de infinita ternura, en el que se podía leer que éste, aunque no quería que nadie curioseara en sus cosas, sin embargo, había sido muy amable conmigo tratando de enseñarme todo aquel pequeño tesoro cultural que tan celosamente guardaba en su alcoba. Sobre todo –y esto era lo más importante– descubrí también que realmente sí quería a su nieta, dada su, ya citada, forma de tratarme y el cariño que hacia mí irradiaba su rostro; a pesar de que yo fuera tan pesada con mis preguntas.

Seguimos, finalmente, largo rato hablando de sus libros, de los que me contaba que la mayoría estaban relacionados con pequeñas nociones de Derecho y otras relativas a la redacción de todo tipo de documentos oficiales para los que, según él, utilizaba aquellas plumillas de Caligrafía.

Yo quedé encantada con todo lo descubierto en la alcoba de mi abuelo. Y aunque resulte repetitivo, todo esto, visto desde nuestro tiempo, pueda parecer muy simple; sin embargo, si analizamos detenidamente el paréntesis o tiempo histórico de la España de aquellos años (década de los cincuenta), convendrán conmigo que era bastante inusual que un sencillo hombre de pueblo dispusiera de aquel pequeño tesoro cultural en su casa. No obstante, dejemos esta cuestión al libre albedrío o criterio personal de cada uno; pero centrémonos, sobre todo, en el entrañable valor de nuestros recuerdos, y conservemos celosamente el legado cultural de nuestros antepasados.

Personalmente, pienso que a mí me marcó para siempre esta inocente experiencia. Y puede que desde entonces, este recuerdo despertara en mi corazón el amor por la buena música y la lectura. Tal es así, que estas dos aficiones me han acompañado a lo largo de la vida; tratando, a su vez de inculcárselas a mis hijos. Y si Dios me da larga vida..., a mis nietos.

–4–

Habiendo llegado a este estado de la cuestión. Y siendo mi abuelo el auténtico protagonista de este relato..., concedámosle al menos el honor de que, con su pequeña biografía, yo pueda finalizar, como el se merece, esta humilde aventura literaria. Y también, por qué no, deseando que estos inocentes y lejanos recuerdos de niña, sirvan siempre de ejemplo para todos nosotros, acostumbrados a conseguir las cosas con menos esfuerzo que los que nos precedieron en la pequeña, pero gran historia, de nuestro pueblo:

Según me contaba mi padre, mi abuelo no era de Torrecillas: parece ser que era natural de Casatejada, población situada al norte de Cáceres, cerca de Navalmoral de la Mata. Su madre enviudó pronto y se casó de nuevo. Resultando después poco amigable la relación de nuestro protagonista con su padrastro. Y aunque a partir de aquí existe una información un tanto incompleta, sí parece ser cierto que, posteriormente, al ser conocedores un terrateniente y el cura de su lugar de origen del alto nivel de inteligencia de éste, decidieron darle algún tipo de estudios. Y aquí surge otra duda, ¿en qué tipo de institución?: pudo ser o bien en algún centro de enseñanza media de la época o bien en un seminario, o quizá, tal vez, sus propios mecenas se preocuparan personalmente de que adquiriera aquellos conocimientos que en un aldeano de aquella época resultaban impensables. Yo personalmente me inclino por la segunda posibilidad, aunque a algunos ésta les parezca descabellada. Pero sus conocimientos sobre solfeo, su facilidad para tocar el órgano en la iglesia del pueblo, y, por qué no, su cuidada caligrafía y su soltura en la redacción de documentos oficiales eran saberes muy propios de un seminario; institución esta en la que la especialidad en letras, el estudio de la música y el canto gregoriano eran los pilares más importantes en su sistema de enseñanza; pero dejemos que cada uno, libremente, llegue a sus propias conclusiones.

Parece ser que llegó al pueblo solamente con una guitarra, “¡ahí es na!”; aunque también existe otra información paralela que dice que vino a traer una mula que alguien había comprado en Casatejada, y decidió quedarse definitivamente en Torrecillas. Pero aunque en la segunda versión no se menciona a la guitarra, esto no supone, ni muchísimo menos, que la mula por propia iniciativa se negara a transportar el citado instrumento musical. Y aunque su llegada, seguramente, no obtuvo un recibimiento apoteósico, sí supo, sin embargo, ganarse rápidamente el respeto de los torrecillanos y labrarse un futuro para él y para sus hijos. No era ni de derechas ni de izquierdas, era de un partido que no existe en este país: el del sentido común y el de la coherencia. Este pensamiento político parece haber desaparecido para siempre, o tal vez no haya existido nunca en esta España nuestra; inmersa, definitivamente, en una tremenda ruina cultural, social y económica.

Oficialmente mi abuelo, José González Roperó, era el sacristán del pueblo. De ahí que sus hijos fueran conocidos, como “los sacristanes”; excepto mi padre, que lució con orgullo el sobrenombre de “Roperó”, segundo apellido de mi abuelo.

Otra de sus actividades era la de redactar documentos oficiales para sus convecinos. Y cómo no, era además el organista de la iglesia y funcionario del ayuntamiento. Desempeñó también, durante algún tiempo, las funciones Juez de paz y no sé cuantas cosas más; ya que, al ser un hombre de personalidad inquieta, fue capaz de realizar varias tareas al mismo tiempo.

Aquí termino este humilde relato, a través del cual he querido compartir con las gentes de mi pueblo esta pequeña e inocente experiencia de mi infancia en Torrecillas de la Tiesa. Y como broche final, diré que, desde entonces, mi abuelo fue para mí, entre otras cosas, un enamorado de la cultura en general y un callado escribiente; capaz, sin embargo, de asemejarse, como ya he comentado más atrás, a un pequeño Cervantes sentado en cualquier humilde escritorio de un pueblo como el mío, allá por aquellos lejanos años de mediados del pasado siglo.

Para terminar, repetiré el mismo deseo que utilicé al principio de este relato: “Sirvan estas palabras como humilde homenaje a la memoria de mi abuelo”

Gracias por vuestra paciencia. Y un entrañable abrazo para todos de Isabel González Mateos.

En la ciudad de Málaga, Navidad de 2009.

